

La mano izquierda de San Ignacio

Rafael Zequeira

EN EL AÑO DE 1522, ÍÑIGO LÓPEZ DE RECALDE CABALGA hacia Cataluña, con el propósito de embarcar allí hacia Jerusalén, donde proyectaba quedarse a vivir para siempre, al servicio de la fe católica. Cuentan que, cerca de Pedrola, sintió unos deseos difícilmente reprimibles de asestarle *dos piadosas puñaladas* a un moro que lo acompañaba, sólo porque cometió la falta gravísima (¿delito de propaganda enemiga?) de poner en duda algo que él afirmaba categóricamente; a saber, la virginidad inmarcesible de la madre de Nuestro Señor Jesucristo. Este peregrino, que en 1540 obtendría una bula del Papa Pablo III para instituir una orden religiosa con estructura y mecanismos de unidad de combate y hermetismo vigilante y caviloso, tal vez no era consciente de que con su intolerancia paradigmática estaba fundando una nueva forma de rencor: el rencor ideológico elevado a la categoría de sistema inteligente y sutil. Ciertamente que en 1540 hacía más de tres siglos que existía la Inquisición, que habían sido combatidos con fiereza implacable albigenses y cátaros, torturados cientos de herejes y achicharradas miles de brujas, pero una cosa es la hoguera ruidosa y maloliente de Tomás de Torquemada y otra bien distinta los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola. Digamos que no es lo mismo darle candela a una persona a causa de sus creencias y opiniones que tratar de modificarle esas creencias y esas opiniones, equivocadas y perniciosas, desde luego, mediante un procedimiento ingenioso, aplicado desde alguna forma de poder, que culmina con el secuestro de su biografía. (Aparte de que si el procedimiento no resultara eficaz con alguien, siempre queda la posibilidad de regresar a las llamas, piadosas y salvadoras, eso sí, como las puñaladas de marras, para sacarlo de su error maldito.)

No es mi propósito contar aquí la historia de la Iglesia, aun cuando pienso que, al menos para el mundo occidental, esa historia está tan indisolublemente ligada a la

humanidad misma, que es La Historia, pero no me parece superfluo hurgar en el pasado algunas informaciones que, estimo, ayudan a comprender algunos de los descabros más sombríos que hemos sufrido los cubanos en las últimas décadas, y seguimos sufriendo todavía (baste recordar que, después de cuarenta años de intentos obstinados por parte del poder en la Isla por hacer prosperar esos «métodos juiciosos», se encuentra con que no tiene nada mejor que ofrecer que las amenazas con el paredón de los primeros tiempos). En cuanto a la constancia detallada de esos descabros que muchas veces se adentran en las demarcaciones de la tragedia, no se puede buscar, desde luego, en la prensa nacional, que es en su totalidad oficial y no deja siquiera un espacio mínimo para la diversidad, ni mucho menos en la llamada «prensa del enemigo», que padece los mismos males; esa constancia hay que buscarla —y por suerte existe— en la literatura, que, a pesar de escribas y albarderos, es un coto de caza privado al que, afortunadamente, el poder no tiene acceso. Hoy en día se cuenta con una serie de novelas, escritas tanto por cubanos de dentro como de fuera, que constituyen la única fuente referencial legítima para enterarnos de qué nos ha pasado; también empieza a existir una ensayística joven que intenta explicar por qué nos ha pasado. El resto no es más que pregón diligente o elogio exaltado (candoroso o malintencionado, según el caso), aun cuando provenga de celebridades de la literatura misma.

En cuanto a las novelas, voy a mencionar algunos de los títulos y autores que, en mi opinión, rastrean con mayor lucidez y coherencia la realidad cubana, con independencia de las desigualdades en cuanto a calidad literaria propiamente dicha que puedan existir —y existen— entre estas obras. Es decir, no me propongo valorar estas obras desde la perspectiva de sus logros o desaciertos formales, aunque tampoco pretendo reducirlas a documentos de amanuenses. Para aclarar la imposibilidad de semejante escisión, tal vez resulte útil recordar que en siglo XV deben de haberse pintado en Fiésole centenares de anunciaciones, pero *La Anunciación* de fra Angélico es una sola, no comparable a ninguna otra, a pesar de que en todas el asunto es el mismo, lo cual no debe hacer suponer que el tema del diálogo entre el arcángel Gabriel y la futura madre de Dios haya sido un simple pretexto para el fraile talentoso, puesto que muy bien podría haber pintado, tal vez sin ninguna gracia, el retrato de su abuela; de modo que tiendo a pensar que *esa persona*, para pintar *así*, tenía que pintar *eso*. Y tengo igualmente la impresión, salvando siglos de por medio y oficios expresivos diversos, de que *Paisaje de otoño* (Tusquets, 1998), de Leonardo Padura, *Dime algo sobre Cuba* (Espasa, 1998), de Jesús Díaz, *Caracol Beach* (Alfaguara, 1998), de Eliseo Alberto, *Puente en la oscuridad* (Universal, 1993), de Carlos Victoria, *Érase una vez en La Habana* (Verbum, 1998), de Mons. Carlos Manuel de Céspedes, y *Los paraísos artificiales* (Espasa, 1999), de Benigno Nieto, son novelas que, irremediamente, tenían que tratar lo que tratan. En todas ellas (sé que hay muchas más, pero la inclusión impone la exclusión, a veces inmerecida) hay algo en común que va más allá del realismo, más allá de cualquier testimonio ramplón, ética de moraleja o denuncia airada: hay, en primer lugar, literatura, y en segundo, el deseo de rescatar

a la persona humana del aburrimiento, la estupidez y el absurdo del infierno y revelarles que su vida, aunque le hayan hecho creer lo contrario, le pertenece y debe vivirla según su propia elección.

Paisaje de otoño es la última parte de una tetralogía de título vivaldiano (*Las cuatro estaciones*) sustentada por los recursos de la novela policial clásica. En ella el teniente Mario Conde, que había ingresado a la policía cubana en la década de los setenta, consigue ser licenciado justamente el día en que cumplía treinta y seis años y un ciclón comenzaba a azotar La Habana con vesánico furor. Cuesta creer que un policía se llegue a licenciar del todo, más aún si se trata de uno que pertenece a un cuerpo que algo tiene de secta esotérica para iniciados, pero Mario Conde es un policía increíble: tiene vocación de escritor, es amigo de sus amigos y se pregunta por qué escogió semejante oficio, para terminar respondiéndose que «había estado en la policía durante más de diez años, postergando su propia vida, con tal de arañarles al menos la seguridad prepotente y, si era posible, hacerlos pagar algunas de aquellas culpas impagables». Pero no precisa a quién o a quiénes quiere pasarles semejante cuenta, ni tampoco cuáles son esas culpas.

Dime algo sobre Cuba es una novela delirante en la que el autor opta por los desatinos propios de los bufos como único recurso para explorar una realidad que ya tiene mucho de esperpéntico. Es una obra que parece llamar la atención en cada página sobre el hecho insólito de que el diablo se haya vuelto estúpido sin dejar de ser diabólico. Desde el hecho mismo del nombre del protagonista, Stalin Martínez, hasta su abandono final, solo y de madrugada, en medio de un mar que desconoce, las peripecias sucesivas de este hombre lo convierten en el protagonista de una vida que no es la suya. «El personaje se va convirtiendo —la definición, acertadísima, es de José María Guelbenzu— poco a poco en el resumen de todas sus desgracias, y ahí es donde deviene representación de un trastoque vital y mental que es un emblema de la situación del mundo cubano».

Caracol Beach es para mí una insuperable alegoría de Lucifer, y en este sentido me resulta impresionante. Por un camino más bien laberíntico aborda un tema hasta ahora eludido por la literatura cubana, a pesar del drama humano que representó para muchas familias en Cuba y de su prolongada duración: la guerra de Angola. La novela no se desarrolla en Cuba, la mayor parte de los personajes que en ella aparecen no son cubanos, y, sin embargo, hay una cubanidad predominante, auténtica y malsana a lo largo de todas sus páginas. Interfieren, a veces, los relumbrones de prosa garcíaamarquiana que hasta se presienten cuando van a aparecer en el texto, pero el destino de Beto Milanés, ex-combatiente de Angola, exiliado en La Florida, loco de una locura que no se merecía y que hace posible una complicada convergencia trágica de circunstancias y personas, resulta sobrecogedor y hace pensar que una mística del terror nos ronda a todos con vehemencia posesiva.

Puente en la oscuridad no es el propósito de Carlos Victoria de dar un testimonio del exilio de los cubanos en Miami; tampoco es un análisis psicológico de las relaciones familiares difíciles ni un informe de lo lúcida que puede ser

a veces la demencia. La novela se afincan en todos estos componentes y en un caústico sentido del humor tal vez con la única intención de reencontrar la poesía. Natán es un exiliado cubano que no está loco pero está solo, que es ya una manera de estar un poco loco, y uno nunca llega a saber del todo si ese hermano que busca afanosamente a través de toda la novela y que parece dejarle continuamente señales de su existencia, existe realmente o si él se lo ha inventado para defenderse de la adversidad de un exilio que, de alguna manera, no ha elegido.

Érase una vez en La Habana es el menos novela de estos libros; a veces parece uno de esos largos poemas discontinuos tan propios de estos tiempos; otras veces parece un libro de memorias; otras, un testimonio; otras, narraciones sueltas con una dudosa o forzada conexión entre sí, pero lo cierto es que constituye un documento muy valioso, sobre todo la parte final («Las estaciones de Vladimir») que es donde la prosa del autor se contrae, el estilo se despoja de vericuetos decimonónicos y se introduce (esta vez la forma de narrar sí es coherente con un tema que evidentemente conoce) en el mundo de la marginalidad juvenil de La Habana. El resultado es de un dramatismo desgarrador, sobre todo porque se trata de algo de lo que se sabe muy poco y ha habido demasiado interés oficial en que se sepa menos, quizá porque el suicidio, la homosexualidad, el alcoholismo y la drogadicción no son las mejores cartas credenciales para un país cuyo gobierno cultiva, como pretexto para conservar el poder, la pretensión abstrusa de salvar la especie, aunque para ello tenga que incurrir en la paradoja de aniquilarla.

Los paraísos artificiales viene a ser de algún modo la novela cubana de los años sesenta, del tránsito de una revolución triunfante y popular hacia un Estado autoritario y caudillista, de la ponderación de un macrogonadismo glorioso que convertía al caudillo en un nuevo demiurgo, único principio activo del mundo, y de las familias dramáticamente divididas y fragmentadas en espacios contendientes. No sé si, como afirma Heberto Padilla, «a Hispanoamérica le faltaba esta novela». Me parece desmesurado que a un continente le falte un libro, sea el que sea. Ni siquiera me atrevería a asegurar que le faltaba a Cuba. En todo caso, y ya esto es bastante, le faltaba a su autor y se le agradece que deje su versión y su visión de unos años en los que, efectivamente, las personas en Cuba se vieron sometidas a presiones de una agresividad tan irracional que hicieron posible que miembros de un mismo grupo familiar se odieran, se repudiaran, se delataran, se atomizaran por el mundo y hasta se mataran. Y aunque Benigno Nieto no es para nada cuidadoso con su prosa, tal vez porque le urge demasiado ir directamente al grano y contar su historia, tiene el buen gusto y el acierto de limitarse a eso: contar su historia.

Estas seis novelas que he seleccionado y analizado muy someramente, tienen casi tantas diferencias como coincidencias. Pertenecen a escritores cuyas edades fluctúan entre los cuarenta y los setenta años. Todas han sido publicadas en la década de los noventa, y todas, igualmente, parecen suscribir una frase de *Paisaje de otoño*: «porque el fin del mundo seguía acercándose, pero aún no había llegado, pues quedaba la memoria».

Con la ensayística ocurre algo diferente. Los textos más notables, aunque no numerosos todavía, están siendo escritos por personas que apenas rebasan los treinta años, y esto hace que muchos de ellos no alcancen aún la madurez de pensamiento ni el volumen de información ni la depuración de la prosa que el género requiere. Pero la voluntad, la tenacidad y el talento que reflejan varias de estas obras ya constituye algo muy significativo, sobre todo si se tiene en cuenta que algunos de los pensadores de más edad, mejor formados, de más prolongada participación personal en la vida cubana y de ideas más decantadas, parecen estar sumidos, sabrán o no ellos por qué, en una especie de ensimismamiento que hace que sus libros, que tanto aportarían, no se escriban o se escriban a medias. Para mí el título más significativo de esa ensayística joven es *El arte de la espera*, de Rafael Rojas (La Habana, 1965), publicado en Madrid por Colibrí, editorial de reciente creación y que tiene el propósito de asegurar un espacio a este tipo de indagación. *El arte de la espera* es una selección de ensayos breves y artículos, agrupados con un curioso criterio dramático, que destaca por la precisión con que disecciona los más espinosos y controvertidos descabros de la política y la historia de Cuba, y por las claves nada políticas que aporta para la comprensión y el mejoramiento de esa realidad. Es un análisis lúcido y coherente, despojado de arideces profesoras o logomaquias académicas. Podría decirse que se trata de un libro que, insertado de algún modo en la antigua tradición humanista, tiene el acierto inusual de abordar claramente asuntos políticos sin perseguir propósitos políticos, y esto no es un simple juego de palabras, sino algo tan sencillo y necesario como una exploración inteligente y bien intencionada en esa Cuba que hoy, más que presente, es proyecto y es memoria.

Y la memoria no es la Historia. Tienen que ver, pero no son lo mismo. El poder, cualquiera que sea, siente una fascinación patológica por la Historia (sobran ejemplos y frases célebres al respecto), pero la memoria suele jugarle una mala pasada. Ni siquiera Íñigo López, a pesar de haber sido elevado a los altares con el nombre de San Ignacio, logró poner su célebre Compañía de Jesús a salvo de la memoria, y poco tiempo después de su muerte vino al mundo Melchor Inchofer, quien resultó ser, posiblemente, el primero en abrir una hendidura a través de la cual escudriñar la realidad oculta tras los velos propagandísticos de la piedad, la inteligencia, la sensatez, la humildad y las bienaventuranzas.

Inchofer nació en Viena en 1584; en 1605, con sólo veintiún años, ingresó en la Compañía, y salió de ella a los sesenta y cinco, hacia el camposanto de Milán. Fue historiador, retórico, filósofo, teólogo, perito en Astronomía y en ciencias naturales y considerado en su tiempo uno de los jesuitas más doctos de aquel remoto (no tanto, en realidad) siglo XVII. También él pretendía resistirse al olvido tendencioso, y por ello escribió un libro sorprendente: *La monarquía jesuita*, al que tuvo que adjuntarle una «clave secreta» para que el lector pudiera comprender el significado real de muchos de los nombres que en el texto habían sido trocados. El pertenecía a la orden, seguiría perteneciendo a ella hasta su muerte a pesar de que no estaba físicamente encarcelado, y no podía correr el riesgo de expresar con claridad y derechamente sus opiniones.

No tiene sentido ni es mi propósito hacer una comparación entre el texto de Melchor Inchofer, un vienés de siglo XVII, y seis novelas de otros tantos escritores cubanos de finales del siglo XX, pero sí quiero referirme a lo que me parece un nexo importante entre uno y otros, y que, al parecer, aporta presuntas «claves secretas» a todos estos libros: el refinado resentimiento ideológico que ya he mencionado antes y que para mí surge precisamente con la Reforma y la modernidad (la Reforma tuvo una inspiración sajona o germánica, mientras que la Contrarreforma, encabezada por San Ignacio, español, representaba un conservadurismo católico), del que todos tratan de escapar como mejor pueden, y la atracción irresistible que una personalidad de magnetismo siempre polar ejerce sobre los demás, impidiendo, a veces que logren esa fuga, lo que los convierte, de hecho, en protagonistas de una vida ajena, en personas cuyas biografías no son realmente suyas, lo que viene a hacer de esta práctica un subgénero de vampirismo incruento.

En *La monarquía jesuita* se puede leer la siguiente afirmación, referida al General de la Orden: «Si quiere, las cosas serán completamente distintas de como son. No se cree más que lo que él decide. Si la razón y los sentidos se oponen, no se les hace caso. Quien replica es castigado, quien observa también. Hay que escucharlo todo, encontrarlo todo razonable, aplaudirlo todo, aprobarlo todo (...) Si quiero disputar contra él, se me amenaza con el destierro; con la muerte si intento resistirle». Más adelante, hay un texto muy divertido y que cualquier cubano que haya asistido a cualquier reunión política de cualquier nivel entenderá perfectamente: «Las principales cuestiones filosóficas, cuya discusión les ocupa son: si los escarabajos hacen las bolitas de estiércol paradigmáticamente; si se originarían naufragios por orinar un ratón en el mar; si los puntos matemáticos son recipientes de los espíritus; si la expulsión de gases del cuerpo humano es el suspiro del alma; si las manchas de la luna son producidas por los ladridos de los perros».

Esta embriaguez de poder y de tontería y la fascinación desvariante que la misma origina, debidamente acompañada (por si acaso) por un aparato represivo muy eficaz, le ha proporcionado a Cuba, en las últimas cuatro décadas, un inventario de calamidades absurdas tan descomunal, que han convertido al país en esa mezcla triste de sainete y tragedia que se disfruta y se padece en *Dime algo sobre Cuba*. Otras están prolijamente referidas en las restantes novelas mencionadas. Y todavía otras muchas ya van dando lugar a una lista tan interminable de libros serios o no, atractivos o no, premiados en concursos o no, aclamados por el gran público o no, importantes o no, escritos por cubanos o *cubanólogos*, que el tema corre el riesgo de degenerar en una narrativa neo-costumbrista-crítica muy propicia para el bostezo largo. Sin embargo, los seis libros mencionados, así como el de Inchofer, cuentan con otra característica común que los pone a salvo de cualquier costumbrismo de nuevo tipo: indagan en el alma de sus personajes para tratar de descubrir por qué éstos se resisten a romper definitivamente con esa variedad de pacto mefistofélico que, en definitiva, no han suscrito. Y las respuestas, desde luego, no las encuentran en las palmas lejanas, en el tocororo ausente, en las nostalgias por

las canciones insuperables de Beny Moré, etc. ¿Dónde, entonces? Tal vez no existan respuestas para los misterios de la pertenencia, y por eso lo más sensato es limitarse a narrar. Porque resulta muy difícil, quizá imposible, averiguar por qué alguien se pasa la mayor parte de su vida implicado (aun cuando la elección sea la del exilio) en un sistema de gobierno cuyos procedimientos no respeta y cuya legitimidad se cuestiona (Stalin Martínez, por ejemplo, después de un primer viaje accidental a Estados Unidos, decide regresar a Cuba). ¿Por qué alguien decide vivir una vida que no es la suya, sino la de otro? ¿O es que eso no lo decide nadie y un buen día en que se avecina un ciclón y hay que encontrar al autor de un asesinato o a un hermano virtual se descubre que es así?

Andrés, un personaje secundario de *Paisaje de otoño*, médico brillante y de aparente éxito profesional y personal, tiene un largo discurso final en el que confiesa su descubrimiento tardío de que «decidieron que la vida de uno fuera de una forma y no de otra, sin que uno tuviera verdadero derecho a escoger». A continuación anuncia que ha decidido (esta decisión es la más generalizada en Cuba) abandonar el país. Pero entonces ocurre que «la confesión de Andrés cortó los efectos del alcohol en el cerebro del Conde. Una lucidez malsana se instaló en su mente, con una interrogación sobre su propia vida (...) Y el Conde comprendió cabalmente (...) que él también necesitaba huir, aunque fuera incapaz de moverse de lugar».

También Melchor Inchofer quiso escapar muchas veces de una orden religiosa en la que, escribió, sus miembros «no tienen relaciones constantes de compañerismo. Los mejores amigos se convierten de pronto en enemigos declarados. Los juramentos más solemnes, los lazos más estrechos, aun los de la sangre, no tienen fuerza ninguna cuando se trata de ganar el favor del soberano con adulaciones o calumniosas denuncias». Quiso escapar, pero lo cierto es que murió, ya viejo, dentro de esa orden a la que había ingresado muy joven. Y tuvo que conformarse (¿será eso conformarse, o será la mejor manera de no conformarse?) con escribir ese libro en clave, en el que San Ignacio es llamado *Brotacano*, el Papa Urbano VIII *Busnaturio*, los jesuitas son los *solipsos*, etc. Y todo esto tuvo que hacerlo porque, al igual que en la Cuba de hoy, es forzoso escribir desde el riesgo a causa de que la literatura, como declaró Leonardo Padura hace poco a la prensa española, «ha tenido que sustituir a la prensa en la indagación de los problemas de la sociedad, y eso, qué duda cabe, entraña un riesgo».

A la vista de todo esto y del hecho particular de la educación recibida por quienes en Cuba encabezan las más altas élites del gobierno, me queda la impresión de que en la Isla los mecanismos del poder y el principio de autoridad (los reales y profundos, no los esquemáticos y exteriores), están más alentados por el paternalismo confesional-salvacionista y la severidad castrense del pensamiento ignaciano que por el marxismo-leninismo-stalinismo, aunque, desde luego, el *probabilismo* practicado por la Compañía, y su casuística fullera, posibilitaron el ardid coherente de convertir las ideas de Marx y Lenin en el cabestrante oportuno que permitiría izar el enorme peso muerto de un poder ilimitado y mayestático, sobre todo si se le añade el hecho de que, como explicó

Carpentier en su desvariante novela sobre el dictador latinoamericano (*El recurso del método*): «somos harto aficionados a la elocuencia desbordada, al *pathos*, la pompa tribunicia con resonancia de fanfarria romántica...» No es fortuito, en definitiva, que San Ignacio, vasco de alma beligerante, cojo pero no hemipléjico, por lo que le funcionaba también, como a todo el mundo, además de su mano derecha, su mano izquierda, soldado perpetuo, fundador de una orden guerrera que se presentaba a sí misma como milicia, haya escrito una *Carta de la obediencia* en la que dice: «procurad de hacer entera la resignación de vuestras vountades; ofreced liberalmente la libertad», lo cual, es obvio, es como pedir que hipoteques el alma, cosa tal vez aconsejable cuando se gobierna una orden religiosa, pero no cuando se gobierna una nación.

Pero Mario Conde, Stalin Martínez, Beto Milanés, Natán, Vladimir, Luis Rentería y otros tantos (observo la ausencia de personajes femeninos), se han resistido a semejante sacrificio y han pagado su resistencia de las más diversas maneras: el exilio, el suicidio, el alcoholismo y otra serie de calamidades que los han convertido, en el mejor de los casos, en fantasmas condenados a los ejercicios vagarosos de la desilusión, el escepticismo y el fracaso, tanto profesional como personal. Porque presumo que cuando Mario Conde logró descubrir quién había sido el asesino de un antiguo alto funcionario del gobierno revolucionario, ladrón, además, de obras de arte, más que estar descubriendo realmente algo, no estaba sino incrementando el error. Cuando Stalin Martínez decidió, en Ciudad México, efectuar una escapatoria funambulesca hacia los Estados Unidos, fingiendo que era perseguido por la Seguridad del Estado, lo único que de verdad estaba haciendo era lanzarse hacia la mayor de las incertidumbres y hacia una opción que, por forzosa, más que opción era presión. En cuanto al tigre de bengala que atormentaba a todas horas del día y de la noche a Beto Milanés y que terminó obligándolo a convocar la fatalidad y el absurdo, fue adquirido en una guerra que no era suya y en la que ni él mismo supo nunca por qué participó; hubiera sido tan sencillo decir no, pero no lo dijo y se marchó a la selva angolana, a librar combates ajenos, a perder la razón y a convertirse en el factotum de alguna jerarquía macabra. Por lo que respecta a Natán, es un joven de sensibilidad exacerbada, devorador habitual de poesía clásica inglesa, que un buen día se encuentra, sin saber muy bien cómo ha sucedido, con que ya no vive en Cuba, con que sus amigos no son sus amigos de siempre, como no lo son las calles, las casas, los automóviles, los parques, las iglesias; y como único recurso para tanta desolación, lo único que se le ocurre es ponerse a perseguir por todo Miami, con tenacidad compulsiva, la sombra de un hermano espurio, recurso que, finalmente, resulta tan desolador, o más, que el mismo exilio inmerecido. «¡Qué locos! ¿Sabes lo que han hecho? Se han inyectado sangre de enfermos de SIDA». Esto es lo que ocurre con Vladimir y algunos amigos suyos, jóvenes habaneros o llegados a La Habana procedentes de otras partes del país, y lo más patético consiste en que lo han hecho como única alternativa para tener «cuarto propio y comida asegurada, televisión a colores, cine, conciertos de rock, paseos y algunas escapatorias posibles». Finalmente, el destino de Luis

Rentería es aún más desquiciado: antiguo luchador de la clandestinidad contra Batista, infantil ideólogo del proletariado, venido a menos en las jerarquías oficiales después del triunfo revolucionario a causa de su candorosa honestidad, destruye su familia y se destruye a sí mismo en nombre de una presunta fidelidad a un proyecto en el que ha dejado de creer, para terminar muriendo de un modo tan truculento que nunca queda claro si fue un suicidio o un asesinato oportuno y, por qué no, piadoso.

Todas estas novelas y estos personajes revelan el disparate de que varios millones de personas hayan sido impelidas a protagonizar una vida que pertenece a otro, en la que las únicas alternativas sean los tigres de bengala adquiridos en la guerra de Angola o la silla de ruedas a causa de un balazo recibido en la misma guerra, o inyectarse el virus del SIDA, o freirse a la plancha en una azotea de Miami para parecer un balseiro, o buscar desesperadamente a un hermano inventado, o romper con la mujer y los hijos para morir después. Y todo porque un solo individuo, llámese *Brotacano* o como se quiera, después de nacer dónde y como haya nacido, de estudiar con los herederos de San Ignacio o con quienes lo haya hecho y después de padecer los odios, resentimientos y frustraciones que sean, haya tenido la terca voluntad de librar las luchas personales más delirantes o aviesas. Son las novelas de los alcoholes suicidas, la irracionalidad y la desilusión radical, en las que los personajes, como Mario Conde, escapan sin ir a ninguna parte.

Y pienso que ésta es la única clave para entender estos libros, menos secreta que la de Inchofer para su *Monarquía jesuita*, porque Cuba, ya se sabe, es un país de secretos a voces. Después están los recursos profesionales de los autores, más felices o menos felices; los trucos del género para enganchar lectores y que las novelas resulten, además, vendibles; están las metáforas más o menos afortunadas que quizá se remitan más de la cuenta a ciclones arrasadores y justicieros. A mí, personalmente, no me parece demasiado atinado aludir a los ciclones para referirse a una revolución que por envejecida y caduca ha dejado de serlo hace mucho tiempo (no me imagino un ciclón que dure cuarenta años) para no ser más que otra variante de un conservadurismo tan agresivo, dislocado y despótico como otro cualquiera, sin que importe demasiado si es feudal o burgués, católico o luterano o mahometano o ateo, de derecha o de izquierda, porque el mundo, ya se sabe, tiende a ser cada vez más mestizo, mestizaje que terminará por ser total, incluso en los países que más se resisten, y que no puede reducirse a su aspecto racial, sino que tendrá que abarcar también, y de hecho abarca, el ideológico, y cualquier ilusión de pureza o cualquier proyecto de gobierno o de estado fundado en esa ilusión conduce a todos sabemos dónde. Tal vez sería oportuno recordar ahora, cuando se ha estado hablando de novelas, que uno de los lemas proclamados por Benito Mussolini en aquellos años sombríos en que se proclamó *Duce* y jefe absoluto de una nación, decía textualmente: «Con el Estado todo, contra el Estado nada».